

EL TEL

Por MANUEL DE LA ESCALERA



EL 6 de noviembre de 1906, hace casi sesenta años, por orden de mi padre no fui al colegio. El hizo fiesta también, aunque la fábrica trabajaba. Le vi sacar del cajón del escritorio los gemelos de teatro, que guardaba en una bolsita de raso, y, luego que tomó el bombín y el bastón, me dijo que le siguiera. Echamos a andar hacia el Abra y no me dio más explicaciones.

En la rotonda del Club de Regatas había varios que miraban con prismáticos y catalejos hacia el mar, como cuando se regateaba, y esto me extrañó, pues no se veía ningún balandro. Los veraneantes hacia tiempo que se habían ido, y Las Arenas estaban desérticas. Cerca del embarcadero, junto al pretil del muelle, un grupo de señores rodeaba a otro, sentado ante una mesita, cara al mar. Era un hombre alto y grueso, con barba negra y gorra blanca de balandrista. La mesa era una de las mesas del restaurante del Club, con mantel y todo, pero en ella no había nada de comer, sino aparatos complicados: relojes, pulsadores y alambres, que iban a parar a botellas y cajas raras que estaban en el suelo y no podía ver bien a causa de la gente. El señor de la barbita manipulaba en su aparato y todos los presentes, mi padre entre ellos, dirigían sus gemelos hacia un bote blanco, anclado a unos cien metros, que tenía en el mástil una banderita blanca también. Y lo curioso era que la banderita subía y bajaba sin que nadie la tocara. Al fin se arrió, sola, y todos bajaron también un momento los gemelos para aplaudir, mirando al señor de la barbita.

En el bote blanco había dos marineros, y, a una señal que les hizo con el pañuelo un señor bajito del grupo, soltaron el ancla y pusieron en marcha el motor. Luego se sentaron a proa, cruzados de brazos, como si estuvieran en huelga. Así lo dijo mi padre, que no les quitaba ojo. El bote, en cambio, no cesaba de ir de aquí para allá, cambiando de dirección a cada momento, seguido

en sus evoluciones con gran interés por los presentes.

Yo no entendía nada de lo que allí pasaba, pero mi padre me explicó que el timón de aquel bote era movido por unos rayos invisibles que mandaba el señor de la barbita. «Hacia la derecha», le decía, y el bote, acto seguido, viraba a babor. «Que dé la vuelta a la boyas», y el bote la daba.

Los espectadores se miraban unos a otros risueños y asombrados, haciéndose guiños admirativos. Al parecer, aquello era algo maravilloso; pero se repitió tanto que empezó a parecerme natural y aburrido. Además, soplabla un nordeste frío y desagradable que me hizo estornudar. Tenía ganas de que aquello acabara y nos fuéramos a casa. Pero mi padre estaba entusiasmado y me costó Dios y ayuda que me dejara, por lo menos, los gemelos. Cuando los tuve, enfoqué a los marineros del bote para ver qué hacían. Uno fumaba y el otro, que estaba desperpezándose, dio en aquel momento un gran bostezo. Era evidente que permanecían inactivos. Pero me pareció más de hombre hacerme el incrédulo y dije:

—Uno de esos tira de la banderita con un hilo; acabo de verlo.

Quería llevarle la contraria para que él me rebatiara y me convenciese del todo. Pues así podría creer, a pies juntillas, todo lo que contaba Julio Verne.

—Estás mintiendo —repuso mi padre con severidad—. No puedes haber visto eso. Pero aunque así fuera, ¿no te das cuenta de que estamos a un cuarto de milla y que a esa distancia es completamente imposible oír las órdenes que se dan aquí sin levantar la voz? Y tampoco puede tratarse de maniobras concertadas de antemano —prosiguió—, pues este señor admite cualquier sugerencia del público. Tú mismo vas a hacer que vaya el bote donde quieras. Verás.

Ahora se dirigió al señor de la mesita: —Don Leonardo: haga, por favor, que el bote obedezca a este pequeño incrédulo.

El inventor volvió hacia mí su rostro

carinoso y me miró por encima del hombro, no con mucha simpatía.

—Te llamarás Tomasín, ¿verdad?

—No, señor. Angel, para servirte.

—Bueno, Angelito. ¿Hacia dónde quieres que vaya?

—Que venga derecho hacia nosotros.

—Pues ahí lo tienes.

Apenas tocó el pulsador, el bote hizo un viraje y enfiló la proa hacia nuestro grupo.

—¿Lo ves? —dijo mi padre.

—No lo creía, ¿eh? —comentó alguien riendo.

Pero entonces ocurrió algo aún más maravilloso de cuanto se había visto hasta entonces. El bote se detuvo, viró en redondo y, dándonos la popa, empujó la boca del puerto.

El inventor, evidentemente sorprendido, se puso en pie y pidió unos gemelos, como si quisiera cerciorarse de lo que a simple vista se veía. Era muy alto y grueso. Después volvió a sentarse y manipuló enérgicamente. Pero el bote se alejaba más y más.

—No lo entiendo —dijo al fin, quitándose la gorra blanca para rascarse la cabeza.

—¡Que se va a alta mar! —gritó un hombre bajito, acaso su ayudante. El que había hecho antes señas con el pañuelo.

Ahora lo agitaba como si estuviera pidiendo socorro y los marineros del bote, puestos en pie, respondían de igual modo. Pero estaban muy lejos y no era posible entenderse ni a voces ni por señas. Tuvo que salir una motora rápida del Club para atrapar al tráfuga, y la vimos avanzar levantando dos olas de espuma con la proa. Pero cuando estaba ya a punto de abordarlo, el bote hizo un guiño y se escabulló.

Todos estaban asombrados y, más que nadie, el propio inventor, quien, puesto ahora en pie y en jarras, ya no emitía ningún rayo, pero lanzaba trueños y relámpagos. El hecho insólito, anticientífico, se repitió varias veces. Cuando la motora del Club trataba de atraparlo, el bote, *motu proprio*, la rehula. Don Leonardo, con la gorra en la mano, se rascaba la cabeza, tratando de comprender por qué aquella criatura, hija de su ingenio, cobraba volición propia y se reía de su propio padre. Estaba ya la embarcación a la altura de los faros de la boca, cuando sus tripulantes, a las voces que les daban desde la gasolinera, comprendieron que algo anormal ocurría y pararon el motor. Entonces el fugitivo pudo ser apresado.

Los concurrentes acosaron con preguntas al inventor.

—Señores —confesó éste, abierto de brazos como un oso—, no lo entiendo. Hasta que se aclare lo ocurrido, quedan suspendidas las pruebas.

Volvimos a casa. Mi padre, absorto en sus pensamientos, caminaba tan aprisa

que me costaba seguirle. Durante un rato respeté su silencio, pero al fin no pude contenerme y pregunté:

—Salió mal, ¿verdad?

—Sí, a última hora se estropeó todo.

—¿Qué pudo haber ocurrido? Parecía una burla.

—No se sabe. Fuerzas desconocidas. Pero como no creo en los espíritus, estoy seguro de que se averguará. Don Leonardo es un gran sabio.

—¿Sí? —pregunté escéptico.

—Y un gran inventor —añadió.

—Como tú.

Mi padre se volvió para mirarme y debió leer en mis ojos una sincera admiración hacia él, pues no dijo nada y arreció el paso, apoyando firmemente el bastón en el suelo. Este ahora estaba pavimentado con carbonilla. Las Arenas de los chalets había quedado atrás, y pasábamos delante de la fundición de Romo. De pronto mi padre se detuvo para decirme con una voz opaca que no puedo olvidar:

—Hijo, yo no soy un gran inventor como don Leonardo.

Debí costarle mucho sacarse del cuerpo aquellas palabras, pues tardó casi cinco minutos en soltarlas, cuando ya casi había olvidado yo las mías.

—Pues don Leonardo no es tan gran inventor —argüí—. El bote pudo más que él.

—En estos ensayos puede haber sorpresas —explicó mi padre, echando a andar otra vez—. Pero no olvides esto: hoy has conocido a un gran español. A don Leonardo Torres Quevedo, matemático asombroso, ingeniero insigne, y uno de los más grandes inventores de España.

—¿No es el más grande?

—No.

—¿Qué inventor hay más grande que él?

—Martín Balsaera.

Aunque no se conocían personalmente, Martín Balsaera era amigo de mi padre. Cuando en Valladolid se dedicó a las invenciones, le escribió para consultarle algo, y desde entonces mantenían correspondencia. Para mi padre Torres Quevedo era el ingeniero afamado que iba a construir el transbordador del Monte Iguelido; el hombre rico y con carrera y títulos académicos, que por añadidura era inventor. Pero Martín Balsaera, a quien nunca aplicaba el don y quizá no lo tenía, era el inventor por excelencia, el inventor típico de principios de siglo. Es decir, pobre, ingeniosísimo, algo romántico y burlesco, lucifericamente travieso, casi autodidacta y, en este caso, como hijo del sur, un poquito haragán.

El día que un hombre inteligente y vago se ve forzado a realizar un trabajo rutinario y mecánico, y trata de librarse de él, de desmecanicizarse por medio de la mecánica, o a una cuerda o un alambre a una palanca, o idea cualquier día

Gran premio TRIUNFO de narraciones 1962-63 ★ Número 60

EKINO

blura para que los ángeles de hierro laboren por él. Entonces se inventa la máquina de vapor o el cambio de vía automático.

El primer invento del telegrafista Balsaera fue un receptor que respondía por sí solo a las llamadas rutinarias, mientras él estaba haciendo otra cosa más humana; es decir, más difícil, más imprevisita, más divertida. Tras éste otros inventos se sucedieron, realizados todos con escasos medios, luchando siempre con la falta de recursos y de apoyo oficial.

Mi padre seguía la vida de Balsaera paso a paso y, como además era gran lector de revistas y periódicos, dos o tres semanas después de aquel suceso, trajo a casa un periódico de Madrid que nos leyó de sobremesa. No sé si era el «Alrededor del Mundo» o un diario, recién aparecido, que se titulaba «A B C». El suelto venía a decir:

«Por qué fracasaron las pruebas del telekino, efectuadas el 6 del corriente en el Abra de Bilbao.»

«Informaciones dignas de todo crédito, pero cuya procedencia nos reservamos, permiten que revelemos hoy a nuestros lectores la causa misteriosa de lo ocurrido en las pruebas del telekino verificadas hace pocos días en Bilbao.

Contra la opinión man'venida en determinados círculos oficiales, la fuerza misteriosa que arrancó la embarcación al control del insigne ingeniero y que se burló de sus esfuerzos, no fue ni el éter, ni el flogeno, ni la telequinesia, ni ninguna potencia telúrica o extraterrena desconocida, sino cierto modesto inventor que, luchando con todo género de dificultades, tanto de orden práctico como económico, y carente de todo apoyo oficial, ha llegado con sus escasos medios a los mismos resultados del gran sabio, acaso superándolos, el cual contrarrestó desde Santurce los esfuerzos de aquél.

Como premio a los suyos, el modesto y desconocido inventor, para más señas telegrafista, por haber abandonado su puesto con ese fin sin permiso, aunque dejando suplente, va a ser sometido a expe-

diente y acaso expulsado del cuerpo.»

Mi padre cerró el periódico y los tres quedamos pensativos. Ella, mi madre, siempre que se hablaba de invenciones, pensaba en las maquetas y modelos de mi padre, que rodaban por casa polvorientos y eran tan engorrosos para las mudanzas, o en las cazuelas y pucheros con sustancias hediondas que tenía que poner al fuego para que hirvieran o se calentaran al baño de maría, de las cuales a veces salían llamaradas luciféricas. O en aquella prueba de una llanta maciza para automóvil en la cuesta de la Marquesa de Valladolid, donde resultó herido mi padre. En fin, las invenciones eran para ella libros de caballería, que hacían pasar a su marido las noches en blanco y se lo devolvían maltrecho; molinos de viento que no reportaban ninguna insula.

Yo había quedado también pensativo, pues todo aquello me parecía de escasa importancia. ¿Qué tenía de particular que el señor de la barbita se hiciera obedecer o no de una embarcación a pocos metros del muelle, o que un americano hubiera logrado volar doscientos metros en sesenta y cinco segundos, noticia que, dicho sea de paso, ninguna persona sensata creía en Europa? ¿Qué valía aquello al lado del obús que iba a la luna, del Nautilus del capitán Nemo o del Albatros de «La Isla Misteriosa», ni de aquella esfera antigrávida, con la cual un señor de abriguito y bombín se paseaba por los aires de pie sobre los boulevares de París, como se refería en «Un Invento Prodigioso», de Julio Verne?

En cuanto a mi padre, me resultaba imposible adivinar qué estaba pensando en aquellos momentos. Después de dejar el periódico, se quedó mirando al mantel, mientras hacía girar entre sus dedos el trebejo de plata Meneses donde había tenido apoyados los cubiertos; un tje con una cruz embolada en cada extremo, al cual imprimió el movimiento de una doble hélice. ¿Estaría rumiando algún invento avistatorio?

Acaso. Pero de pronto soltó aquel utensilio para dar un terrible puñetazo en la mesa.

—Lo que no le perdonaré nunca —dijo— es que, habiendo estado en Santurce, no haya venido a verme.

(Ilustración de ESTRADA)

después de sus vacaciones,

vitalice su cabello con...



Lanofil

crema vitalizadora del cabello

LANOFIL es la crema vitalizadora que toda mujer debe aplicar a su cabello, tras los días de playa, de excursión, de aire libre. Porque LANOFIL es una nueva savia para su cabello.

- Vitaliza
- Suaviza
- Da elasticidad esplendor y atractivo

SU CABELLO LO AGRADECE

Pídalo en su perfumería y a su peluquero

Cuide su aspecto personal y tendrá doble éxito

